

Dr. Pablo Planes Acosta
33-1380

RIVERA

PUBLICACION QUINCENAL

(PORTE PAGADO)



Director: CARLOS TRAVIESO

Administrador: MANUEL TRONCOSO

Montevideo, 15 de Mayo de 1914

ADMINISTRACIÓN: LOCAL DEL CLUB RIVERA

Año VII

Núm. 158

Nuestros partidos tradicionales y el General Pacheco y Obes

A propósito de las notas biográficas de éste sobre el General Rivera

Según lo advertimos al anunciar las noticias biográficas escritas por el General Pacheco y Obes acerca del General Rivera, transpiran ellas, como no podía ser menos, el ambiente de la Defensa de Montevideo; acusan un tanto, a pesar de la elevación y del patriotismo de Pacheco, la atmósfera de hostilidades y de prevenciones que se generó en la «Nueva Troya» contra mucho de lo genuinamente nativo, por causa de una inmigración, que podría decirse intelectual, temporera y de las de peor corte, una inmigración de desterrados políticos que vinieron a servir aquí, exclusivamente, los intereses de su bandería y de su patria ausentes, siempre con el pie pronto a tomar el estribo del retorno en cuanto las circunstancias se lo permitieran; reflejan el poderoso influjo ejercido sobre los ingenuos y presuntuosos personajes de nuestra histórica ciudad por la élite de unitarios argentinos que huyendo de Rosas vinieron a buscar refugio dentro de los inaccesibles muros montevidéanos.

La manera de juzgar el General Pacheco a los partidos argentinos es enteramente unitaria; y absolutamente porteña o unitaria es a la vez la opinión que, en particular, le merecen al Sr. General nuestros partidos, juzgados por aquéllos y éste conforme a los invariables cánones de los «pensadores» de Buenos Aires.

Expresa el Sr. General Pacheco en sus *Notas* que «los partidos del Estado Oriental no se han puesto en armas alrededor de ningún principio político: no han llegado a despedazarse por ver diferentemente en política o en administración».

Esto de tratar como a tribus indígenas a nuestros partidos tradicionales, vale decir a nuestra sociedad misma, que aquellos han integrado durante toda la vida, si no tuviera etíqueta porteña pudiera atribuirse muy bien a la vaciedad y petulancia de los incipientes literatos políticos, que des-

de sus primeros pininos en la vida pública, echando la visual a lo que existe o se levanta en su torno, hállanlo todo mal y sin sentido, pretenden hacer girar los acontecimientos del gobo alrededor de sus suficientes personas, y quisieran conformar la humanidad a imagen y semejanza de sus fantásticas impertinencias; cuadraría eso mejor, de todos modos, en sus elucubraciones displicentes que en labios de un militar como el Sr. General Pacheco que con razón presumía de ser un hombre ilustre, y que lo era en verdad, pero tan sólo por haber defendido generosamente, bajo los colores y banderas del General Rivera, los principios de la libertad en la República. ¿Pues quién se ha hecho nunca ilustre en el mundo combatiendo exclusivamente por odios, personalismos y venganzas, como se pinta que tan solo representan nuestros partidos tradicionales?

Si se fuera a juzgar al Sr. General Pacheco por las palabras transcritas creérase que para él tanto hubiera dado estar con Don Manuel Oribe, «Jefe del Ejército de vanguardia de la Confederación Argentina», y con el partido blanco sitiando a Montevideo en el Cerrito, como dentro de Montevideo o con los Ejércitos del General Rivera y el partido colorado en campaña, defendiendo la independencia nacional y los fueros e instituciones de la patria; que tanto hubiera valido, y no debiera considerarse sino como materia de arbitrarias aficiones personales, el invadir el país a las órdenes del General Argentino Echagüe, «a ponerle recado a los orientales», según invadieron Garzón, Lavalleja, Andrés Latorre y tantos jefes y secuaces del partido adverso al General Rivera, como plegarse a las filas del partido de éste a sostener la causa de los orientales hasta perder la vida, siendo necesario, en los campos de batalla; que no hubo diferencia ninguna entre sostener a Oribe conculcado en la Presidencia de la Repu-

blica con el tirano argentino Rosas, quien en las relaciones internacionales calificaba a nuestro país de semi-soberano, según lo era en efecto con Oribe en el poder y Rosas tutelándolo, ingiriéndose en sus negocios e imprimiendo en muchos puntos dirección impositiva a su gobierno, y sostener a Rivera y su partido político, a los cuales Rosas procuraba abatir por ser las únicas fuerzas que en la República estorbaban sus planes de absorción y predominio; que igual o semejante concepto debiera merecer, no hallándose comprometidos en ello principios diferentes ni distintas maneras de ver en política ni en administración, el promover revoluciones en nuestra patria iniciadas con presos de las cárceles de Buenos Aires, usando los lemas y divisas de Rosas e invocando en las proclamas el nombre de «un porteño esclarecido, el ilustre Restaurador de las leyes», conforme lo practicó Lavalleja cuando la primera presidencia constitucional de la República, que defender la soberanía nacional, sustentar el gobierno propio del Estado y rechazar la intromisión y las asechanzas del tirano extranjero como lo practicó Rivera y su partido en aquel período inicial y decisivo de nuestra nacionalidad independiente.

El General Pacheco, que falleció en 1855, no pudo alcanzar la entonces próxima revolución de Quinteros para redondear sus opiniones acerca de la idéntica manera de ver en política y en administración de nuestras agrupaciones partidarias, tratadas y medidas por él con el mismo rasero.

¿Hubiera concebido el General Pacheco y Obes al partido de Rivera realizando el crimen nefando de Quinteros, no obstante las manifestaciones del Sr. General acerca de la ninguna diferencia de ideas o, mejor, de la carencia absoluta de principios de los dos partidos?

Cuando estos ejemplos tomamos no queremos significar que nuestros partidos se distingan el uno, por sus virtudes y el otro por sus extravíos, lo cual tanto valdría como pretender la institución de los buenos en frente de la de los malos, la de los ángeles y la de los demonios, ridícula utopía que ha hecho, sin embargo, inclinar la frente de nuestros pretensos reformadores nacionales.

Los partidos tradicionales de nues-

tro país tienen ambos su profunda razón de ser en dos diferentes y sustanciales tendencias de la naturaleza humana, al igual de lo que ocurre en todas las asociaciones políticas del mundo, dentro de las cuales esas diferentes tendencias invariablemente se concretan y exteriorizan constituyendo, bajo los más variados nombres, en ocasiones, colectividades políticas respectivamente similares en su esencia. Son, por una parte, los partidos del predominio de la autoridad, de la ley, del orden, en una palabra, los partidos conservadores de repúblicas, monarquías y todo género de formas constitucionales de gobierno; son, por la otra, los partidos del predominio de la libertad, con todas sus características consecuencias.

En esta hoja y en otras publicaciones hemos expresado más de una vez las ideas que ahora exponemos, y que hemos de desarrollar con mayor extensión en otras oportunidades.

Si hemos citado, pues, como un ejemplo, los extravíos del partido blanco, con ocasión precisamente de las luchas en que militó contra ellos el General Pacheco que da motivo a este paralelo, ha sido porque aquellos sirven también para demostrar la diferencia fundamental de nuestros partidos. Por el fruto se conoce el árbol y por la función el órgano; por dañado que esté un organismo y por viciados y anormales que sean sus productos, tienen que guardar con aquél las patentes conexiones de una derivación necesaria.

Hasta en sus extravíos se señala la índole de las colectividades humanas y de los componentes que la forman.

Hay extravíos y extravíos. Los hay característicos de los partidos de libertad, y los hay que sólo son capaces de cometerlos los partidos de índole conservadora y autoritaria.

Llegar hasta el extremo de atentar contra la autonomía e independencia del suelo natal, violar los pactos más solemnes de la guerra civil, únicamente podrá contarse en la historia entre las horribles caídas del fanatismo conservador. Jamás será concebible en un partido de libertad conducta de tal índole, por más pecados de otra entidad o condición que pudieran enrostrarse. Por eso ha sido desgraciadamente posible que el partido blanco tenga en su tradición antecedentes tan funestos como los que hemos señalado; por eso el partido de Rivera nunca habría podido incurrir en atentados semejantes.

Demasiado tenía que saber esto el General Pacheco, si no se quisiese admitir que por reflexión y razonamiento en vista de lo que dice en sus Notas, por intuición seguramente, por experiencia, y por lo que demostró en la línea o norma constante de sus acciones.

No hay duda que una cosa es obrar y otra discurrir.

En una hora de arbitrariedad literaria, el Sr. General Pacheco ha despojado a los partidos orientales de todo género de principios; y como el General Pacheco demostró en sus actos, durante su vida, una inteligencia diametralmente opuesta a la que expone respecto de los mismos partidos, preciso es reconocer que sus manifestaciones obedecen a la influencia del convencionalismo porteño, en auge en la Defensa de Montevideo, habiéndose producido ya esa Defensa y la inmigración de los hombres de Buenos Aires cuando escribía el Sr. General Pacheco.

Aquellos extranjeros fueron los que en nuestro mismo suelo, dentro de nuestra capital sitiada, iniciaron la guerra a todo trance contra el General Rivera, que encabezó el Sr. General Paz, y la guerra a todo trance a nuestros partidos en formación, que, por otra parte, aquellos extranjeros eran incapaces de sentir ni comprender.

¿Y cómo iban a comprender tampoco, los unitarios, al partido de Rivera, por más aliados que de este partido fueran, como lo están a veces por intereses accidentales dos naciones antagónicas, si ese partido unitario era un partido de absorbentes y desmandados centralistas, de pelucones políticos, retóricos y autoritarios de chapa con pujos de aristocracia, por más que les hubiese cabido en suerte, en la extrema singularidad de las circunstancias, defender la libertad frente a la brutal tiranía de Rosas que ensangrentaba, sojuzgaba y explotaba en su monstruoso provecho las nobles fuerzas del partido federal argentino?

Sentían los unitarios por Rivera y su partido la prevención y tedio instintivo que el partido de Rivera y la persona de éste inspiraban a Rosas, pues los unitarios, al igual de Rosas, siempre habían tenido, y han seguido teniendo, por sueño dorado adueñarse de esta región, y en Rivera y sus partidarios habían encontrado constantemente, desde los tiempos de Artigas y las pugnas de 1825 a 1828, la personificación del sentimiento y el baluarte de la independencia nacional.

Para los unitarios ellos eran la civilización y la Europa; los federales, la barbarie o la pampa. Si así trataban al partido más poderoso y de más liberales principios de su nacionalidad, explotando luego a su sabor, y ofuscándose por ello también, su situación frente a Rosas y la única representación que éste se atribuía el partido federal, ¿cómo habían de tratar a los partidos del Estado Oriental?

Lo menos que podían propagar eran que éstos no tenían principios; lo más que podían conceder era que la República Oriental no fuese la pampa, y que el mejor inspirado, por ser su aliado, de los partidos orientales, el partido colorado, no era bár-

baro, aunque estaba acaudillado por un gaucho a quien se llamaba General Rivera.

Así nació, generado por las ideas de los hombres de Buenos Aires, en plena Defensa de Montevideo, la *Asociación Nacional*, que repudió la división de nuestra sociedad en partidos. Así surgió luego, en seguida de la Defensa, el Partido Conservador, enemigo de los caudillos, en el que ya no quiso entrar Pacheco, y que enalteció por única tradición la de la *Defensa de Montevideo*, de la cual precisamente había rehuído participar en su oportunidad el fundador del partido, Dr. D. Juan Carlos Gómez; así tuvieron cabida posterior en nuestro escenario las diversas derivaciones más o menos fugaces que se llamaron sucesivamente partido radical, partido principista, partido constitucional, etc., todos ellos con raíces en aquellas extraviadas tentativas, que tanto han contribuido por lo mismo a estorbar el desarrollo de nuestras grandes comunidades políticas y a retardar de consiguiente el progreso de nuestra sociedad en general.

Es curioso que las agrupaciones accidentales que trataron de poner remedio a la supuesta falta de principios de nuestros partidos no los tuvieron ellas mismas, ni en el papel, y que acabaran por degenerar en *Uniones Cívicas* y otras yerbas, con tendencia inequívoca a la formación de partidos personales, o de descomposición social, al estilo de los que se usan en Buenos Aires. Siempre el mal nos ha venido de allí.

En suma, y a propósito de las impremeditadas opiniones vertidas por el General Pacheco en sus Notas sobre los partidos orientales, concluimos que, en toda época, se ha podido y se podrá ser un héroe, un patriota, un poeta, un orador y aún un hombre de talento, y no tener, sin embargo, el sentido cabal de la realidad de las cosas, ni de los tiempos en que se vive; o, si se quiere de otro modo, que se puede proceder generalmente bien, y no saber comentarlo con acierto. Y que no hay que extrañar tampoco que el General Pacheco, aunque procedente del Ejército del General Rivera y llevado por él al primer Ministerio de la Guerra de la Defensa de Montevideo, haya sufrido, como tantos, el vértigo de las alturas, las influencias en particular de esa brillante época en la cual tocó poner en acción y de relieve sus altas cualidades, por lo que aparecía ella naturalmente a sus ojos como el summum del heroísmo, de la virtud y de la gloria nacional.

Nos hemos de ocupar todavía de otros convencionalismos que ha reproductido el Sr. General Pacheco en la introducción que hoy publicamos, y en algún otro pasaje de sus interesantes Notas biográficas sobre el General Rivera.

CUESTIONES MILITARES

Los Capitanes de Compañía
y las funciones del Capitán Ayudante

(Véase el número anterior)

Otro artículo en que se fundan los que sustentan la tesis que impugno, es el 424 del Código Militar, correspondiente al capítulo en que el Código trata del orden y sucesión del mando accidental.

Por lo pronto, y considerando aisladamente al artículo en cuestión, para que el Capitán Ayudante pueda reemplazar al Jefe en los casos de ausencia o vacante del mismo, deben mediar las circunstancias de que, a más de faltar el 2.º Jefe, no haya Jefes agregados, y de que el Batallón esté fuera del territorio de la República.—Estas circunstancias no son las que se ofrecen cuando se concede en el Ejército autoridad sobre los Capitanes de Compañía, a los Capitanes Ayudantes.

La ausencia, a que se refiere el citado artículo 424, del Jefe o del 2.º Jefe, no se puede tomar por su falta de presencia en el Cuartel durante las horas en que acostumbran a hacerlo, desde que no sería posible exigir su permanencia continua en él. Si la falta de presencia accidental, equivaliera a la ausencia a que se refiere el artículo, resultarían de ordinario tres Jefes en cada Batallón, no obstante establecerse únicamente el Código. Uno de esos Jefes, el más efectivo, sería el Ayudante, que reemplazaría a aquel de los dos Jefes que faltase; y los otros dos, que podrían calificarse, según lo expuesto, de Jefes circunstanciales, serían precisamente los dos Jefes titulares de la unidad, pues solo serían tales Jefes cuando estuviesen presentes. Faltando el 1.º Jefe, y estando el 2.º en el Cuartel, pasaría éste a 1.º y el Ayudante a 2.º, para continuar el último en el mismo puesto cuando se retirara el 2.º Jefe y volviera el 1.º.

La ausencia no debe entenderse de esa manera. Legalmente hay ausencia cuando se está temporalmente eximido de concurrir a las tareas diarias, cualquiera que sea la circunstancia especial que lo motive.

En ausencia del Jefe, el 2.º Jefe siempre será 2.º Jefe, 2.º Jefe encargado del comando, puesto que firmará por comisión, con la obligación, hallándose el Batallón en el territorio de la República, de dar cuenta a su Jefe de las novedades que ocurran, con la brevedad que permitan las circunstancias (art. 337); de consiguiente el Capitán Ayudante seguirá en su puesto, como tal.

Ahora, poniendo en conexión según corresponde el precitado artículo 424 con los demás del Capítulo sobre orden y sucesión de mando accidental,

compruébase que el Código no ha podido querer dar prioridad al Capitán Ayudante sobre los Capitanes de Compañía en funciones de mando, puesto que el artículo inmediatamente anterior al de que se trata, el artículo 423, establece de manera bien categórica que «el mando toca al superior en clase o empleo efectivo, y entre dos o más superiores de una misma graduación, al más antiguo de ellos»; lo que encuentra repetida confirmación en los artículos 426 y 427 del mismo capítulo.

Al decir el art. 424 que el mando, a falta de jefes, recaerá en el Capitán Ayudante y sucesivamente por este orden en el Capitán más antiguo, parece suponer como caso corriente—que no lo es en realidad—el de que el Capitán Ayudante tuviese mayor antigüedad que los demás Capitanes. Pero si así no fuera y la inteligencia del que redactó el artículo fué la de innovar, innovó mal, contra toda enseñanza, experiencia y rigor militar; no sólo habría innovado mal, de esa manera, sino contra todo el resto del articulado del mismo Código Militar en vigencia. Y entre una mala innovación que no encuentre fundamento en ninguna parte, y el conjunto legal del articulado del Código que aquella le contradice, no puede vacilarse en la elección de la ruta.

Los olvidos, omisiones, faltas de redacción, sobreentendidos que admiten interpretaciones diversas, o, si se quiere, incongruencias del Código, no deben ni pueden servir para fundar doctrinas y procedimientos evidentemente contradictorios con el texto y el espíritu de las sabias Ordenanzas que han inspirado nuestro Código, y aún con la letra expresa del mismo en otros numerosos artículos correlativos.

La falta de suficiente expresión en las funciones del Capitán Ayudante, de disposiciones debidamente caracterizadas, es causa de que se atribuyan a aquel funciones que no tiene; pero dentro de nuestro Código, nunca podrán confundirse las funciones del Ayudante con las de los otros Capitanes, desde que éstas se hallan establecidas clara y terminantemente en dicho Código.

Es indudable que en razones semejantes a las que expongo, o en otras por el estilo, se fundarán diversos jefes de unidades de nuestro Ejército que mantienen a los Capitanes Ayudantes en sus funciones propias de encargados del Detall y comandantes de las bandas, con absoluta presen-

dencia de Capitanes y Compañías.

Son en mi poder los reglamentos del servicio interno de los cuerpos de infantería del Ejército Español, del Argentino y del Italiano, y en ninguno de ellos,—especialmente en ninguno de los dos primeros, cuyas disposiciones sobre las facultades del Capitán concuerdan con las establecidas por nuestro Código—en ninguno de ellos se dá al Capitán Ayudante más intervención que la que corresponde a los asuntos de Mayoría y al mando sobre las bandas, que son también funciones que les competen y ejercen entre nosotros.

A todo lo expuesto hay que agregar que consideradas las funciones tácticas de los Ayudantes y las de los Comandantes de Compañía, estas no tienen con aquellas la menor relación ni dependencia.

OSCAR OLAVE.

Club colorado "Rivera"

ASAMBLEA GENERAL

Se cita a los señores socios para la Asamblea General que se efectuará el domingo 24 del corriente a las 10 y 30 a. m. para dar cuenta de diversos asuntos, entre ellos el de un proyecto de conmemoración del Centenario de la Batalla del Guayabo.

Montevideo, Mayo de 1914.

El Secretario General.

Autoridades ejecutivas

Toma de posesión de cargos y reunión

Cítase a las autoridades ejecutivas del Club para la toma de posesión de cargos y reunión que deberán celebrar las mismas el domingo 24 del corriente a las 10 a. m.

Montevideo, Mayo de 1914.

El Secretario General.

Anita Garibaldi

Empezamos a publicar hoy la biografía de Anita Garibaldi, la extraordinaria heroína riograndense, la primera e inolvidable esposa, del coronel, de José Garibaldi, en cuya vida ejerció profundo influjo, y dejó indeleble y melancólico recuerdo.

Anita Garibaldi, a quien los riograndeses, según lemos hace algún tiempo, proponíanse levantar un monumento, casóse con Garibaldi en Montevideo, durante la Guerra Grande. Habitaron ambos esposos en la calle del 25 de Mayo, en la casa que el Club «Rivera» señaló con una lápida cuando la conmemoración del centenario de Garibaldi. En esa casa,

conforme recordará más de uno de nuestros lectores, nació Ricciotti Garibaldi. Su hermano Menotti fué traído, pequeño, de Río Grande, donde había nacido. Ambos hermanos, más tarde ilustres generales de Italia, vieron, pues, por primera vez la luz, como su madre, en el suelo de América, sobre el cual se mecía su cuna en medio a grandes congojas y tremendos y memorables azares.

Una biografía de Anita Garibaldi, escrita con positivo conocimiento de los hechos, sería siempre de grande interés; trazada por el íntimo compañero de su vida de heroicas aventuras, su enamorado caballero, que lloró amarga e inconsolablemente su martirio, el propio legendario Garibaldi, el interés del relato crece hasta

el punto de no poder ser sobrepasado en su línea.

Hemos hallado esta biografía en un periódico que se publicaba en Buenos Aires el año de 1866, intitulado *El Correo del Domingo*.

Como se verá, ofrece otro grande atractivo esta biografía, y es que ha sido traducida por Don Luis D. Destéffanis, en tiempos en que éste se hallaba sin duda en Buenos Aires. La traducción de Destéffanis, más tarde el viejo *Delta* de las crónicas teatrales de Montevideo, el periodista de noble y elevado concepto de la antigua «Italia» de nuestra capital, el sabio, erudito y queridísimo profesor de historia de nuestra Universidad, importa, por sí sola, una nueva recomendación del texto de Garibaldi.

Notas

sobre los partidos en el Estado Oriental y sobre el General Rivera

Por el General Melchor Pacheco y Obes

(Véase el número anterior)

Ya se ha dicho que el General Rivera fué el último de los jefes orientales que envainó la espada en la guerra que trazó la sumisión del País al Portugal; se ha dicho también que en esa guerra todo lo que hubo de hermoso para el país se debe al General Rivera. En efecto.

Cuando esa guerra se inició era el Estado Oriental gobernado por el General Artigas, cuyo poder se debía a su popularidad en la campaña, siendo de la base de esa popularidad la libertad y el desenfreno que consentía a lo que le obedecía.

De esto lo que se llamaba Ejército era una reunión de hombres sin disciplina ni subordinación, una reunión de hombres en que por lo general el jefe no era el más hábil o el más digno; sí, el más turbulento, el más salvaje.

Con enemigos semejantes los triunfos del Ejército invasor eran fáciles, o no tenían otra dificultad que la del encuentro donde quiera que el General Rivera no se mostraba.

Cuando él aparecía, cuando su división arrojaba el grito de guerra, si el enemigo contaba el triunfo, sus laureles se bañaban en sangre quedando puro el honor de las armas nacionales.

La división Rivera entonces no subió jamás a 2000 hombres y sin embargo los enemigos la encontraban por todas partes; la encontraban para reponer lo que las otras habían perdido, la encontraban aún cuando lo demás del Ejército de Artigas ha-

bía desaparecido y Artigas estaba en poder de Francia.

Es sólo el 2 de Marzo de 1820 que la división Rivera accede a la pacificación. Entonces, meses hacía que descorazonados por una lucha tan desigual, D. Manuel Oribe y otra porción de jefes, separándose con la infantería y artillería del General Rivera, se habían presentado al enemigo con la condición de ser transportados como fueron a Buenos Aires.

D. Manuel Oribe en la marcha de esa fuerza desde Santa Lucía a Montevideo había disparado algunos tiros sobre el General Rivera, que con su caballería siguió a los sublevados hasta las líneas portuguesas.

Sin embargo el General Oribe y sus amigos, son los que en voz más alta han llamado traidor al General Rivera.

Desapareciendo de la escena el General Artigas, como sus otros jefes, sometiéndose Montevideo como los demás pueblos, el General Rivera, no se preocupa de su aislamiento ni de la desigualdad de la lucha; combatió en vez de negociar.

Fué el Cabildo de Montevideo, donde figuraba lo mejor de nuestras notabilidades, que mandó al General Rivera una misión pidiéndole en nombre del interés del país que cesase la resistencia.

Un armisticio se había convenido en consecuencia entre el General Rivera y el hoy Mariscal del Imperio Bentos Manuel Riveiro; ese armisticio fué violado por las fuerzas por-

tuguesas que antes de su término se presentaron sobre la División Rivera, y tomándola a pie exijieron su sometimiento bajo pena de combatirla en esa posición desventajosa.

El General Rivera cedió con toda la dignidad que puede mostrar el soldado, cedió protestando contra el proceder del enemigo que con él había violado la fé pública, cedió en los términos que expresa su oficio de la data citada inserto al fin de estas notas.

La capitulación que sometía el país al ejército portugués, había sido hecha por el Cabildo de Montevideo.

En sus estipulaciones estaba la conservación de la tropa de línea Oriental al mando de sus jefes y oficiales respectivos.

En su consecuencia el General Rivera, Coronel de Dragones, quedó al frente de su Regimiento, y prestó a la ocupación portuguesa los servicios que de esa fuerza se esperaban; es decir, los de policia la campaña.

Vino más tarde la revolución del Brasil, y el General Rivera con su fuerza combatió en Montevideo la de Portugal que quería conservar ese punto a la metrópoli. Sus servicios entonces, su importancia en el país, que todos los días crecía, le trajeron distinciones del gobierno imperial, a quien sin embargo combatió desde que el país se puso en armas para reconquistar su independencia.

Es por eso sin duda que se le ha llamado traidor al Brasil; como si hubiera traición en ser fiel a su patria, como si en ningún caso el hombre pudiera prescindir de servirla.

Si el General Rivera traicionó al Brasil por que llevando la cucarda de su ejército se unió a los orientales alzados contra el Brasil; si esto puede decirse, podrá decirse también que los jefes que acompañaron a D. Pedro 1.º en su pensamiento de independencia, traicionaron a Portugal, pues que llevaban la cucarda del ejército portugués, y tenían sus grados del Gobierno de Portugal.

El Estado Oriental había sido sometido por la fuerza, y a no ser que sus habitantes no fuesen hombres, debió esperarse siempre que habían de volver por la independencia de que se le les había despojado.

La conquista es un acto inicuo y como consecuencia trae entre el conquistado y el conquistador relaciones que no pueden ser juzgadas por la moral común.

El conquistador debe buscar auxiliares entre el conquistado, lo que equivale a promover la traición; porque nunca y en ningún caso dejará de serlo el servir lealmente al extranjero que esclaviza la patria.

Por eso, como la traición es más insólita que el parricidio, si el conquistador da distinciones que disfrazan su desprecio, el conquistado las acep-

ta disfrazando su odio, las acepta con la esperanza de servirse de ellas para vengar la patria.

Por eso la historia tiene aplausos para los que en el caso del General Rivera han vuelto contra el extranjero la espada que él les había fiado para apoyar la esclavitud de la patria. Traidor es Moreau muriendo en las filas de los aliados, fiel a sus compromisos para con ellos.

Leal es York, volviendo contra los franceses las armas que su Rey le había fiado para combatir en las filas del ejército francés.

Y hay más.

El General Rivera llevó su lealtad al imperio más allá de lo que exigían sus deberes de patriota.

Era Comandante General de Campaña desde la Batalla de Ayacucho, y la campaña clamaba por la revolución, como lo probó el resultado de la empresa del General Lavalleja.

Sin embargo, el General Rivera, que conocía el estado de la campaña, que tenía más popularidad y más medios que el General Lavalleja, permaneció impasible dejando a otro la gloria del movimiento, a que adhirió cuando el país estaba tóco pronunciado. Adhiriendo al movimiento, el General Rivera fué luego su alma y su brazo.

Sin embargo, se le acusaba más que nunca de imperialista; sus enemigos más alto que nunca le llaman traidor. Era que en esa época, como sucede siempre cuando un pueblo se alza contra la conquista, el odio de los que fueron oprimidos no tenía límite.

Entonces el brasilero, aun inofensivo, estaba cierto de ser brutalizado donde quiera que se encontraba con los hombres del país; el prisionero de guerra debía contar con tratamientos duros e innobles.

Aquel era más patriota que más palabras de desprecio tenía para el Brasil, y menos generosidad para el brasilero vencido.

El General Rivera era entre nosotros la sola excepción a tal proceder.

El prisionero que caía en su poder, estaba seguro de oír palabras afectuosas, de recibir los socorros que podían dulcificar su posición.

Jamás en la División Rivera un prisionero sufrió el *Cepo de Lazo*, jamás un subordinado al General Rivera pudo permitirse el insulto a la independencia contra el enemigo inerme.

El dinero, la ropa del General se repartió muchas veces entre los prisioneros.

A su mesa comían cuantos Jefes y Oficiales podía ella contener.

En su casa se trataban los enfermos, y muchos, pero muchos volvieron al seno de sus familias, porque el General obtuvo del Gobierno la licencia necesaria.

Yo recuerdo los hijos del General

Abreu, el Mayor Gómez y su hermano el Teniente Eduardo, el Capitán Graser. Por esto dió el General Rivera una fianza de 5.000 pesos.

Recuerdo al Mayor Bonifacio Isac de Calderón, muerto General del Imperio, y levantado del banquillo por el General Rivera, cuando era su criamen probado, inteligencias con el enemigo tendentes a entregarle la fuerza que mandaba en el ejército patrio. (El Mayor Calderón no era Oriental).

Ya se debe comprender el efecto que tal conducta produciría en medio de la exaltación del momento.

La desconfianza de Rivera era general; su popularidad se perdía, y más tarde perdió su posición, como que aprovechándose del estado de la opinión sus enemigos le desterraron del país, pretextando sus inteligencias con el Imperio.

Acusado así el General Rivera se lanzó con 200 amigos sobre la provincia de Misiones, y dió nuevos triunfos a la patria sin haber dicho jamás a sus compatriotas éste es mi acuerdo con los brasileros. Como tampoco se les ha ocurrido decir a los brasileros, que por haber servido a su patria le llamaban traidor, todo el bien que a los brasileros había hecho, y que podía probar nombrando las personas y mostrando muchas, pero muchas familias brasileras a quienes en medio de la guerra había evitado el luto y la miseria.

(Continuará).

Biografía de Anita Garibaldi

ESCRITA POR SU ESPOSO EL GENERAL GARIBALDI

Y traducida del original italiano por L. D. Desteffanis (1)

Esta mujer sin igual nació en Morinhos, estancia sita sobre la margen izquierda del Río Tubarao en la provincia de Santa Catalina, departamento de la Laguna (Brasil).

Su niñez se asemeja a la de toda

(1) «Aunque nacida en América, la mujer que ha sido la compañera constante de Garibaldi, que dividió con él los padecimientos, las ideas, las esperanzas, que vive todavía en su memoria, y cuya vida narra él con tanta emoción—esa mujer tiene derecho de ciudadanía en Italia. Podemos enumerarla entre nuestras mujeres célebres.—La biografía de la esposa de Garibaldi escrita por el mismo Garibaldi es un regalo verdadero que creemos hacer a las lectoras del *Museo di Famiglian*. El traductor espera que las lectoras del *Correo del Domingo* le agradecerán el obsequio que las hace de la traducción española de la vida de una de las más ilustres americanas.—L. D. D.

muchacha de un carácter vivo y honesta.

El periodo prodigioso de su vida se desarrolla en la invasión del ejército de Río Grande, mandado por el General Canabarro, en la provincia de Santa Catalina; cuando el destino la empujaba por el camino de la vida agitada que yo recorría.

PRIMER PERÍODO

Dueño de la Laguna y de la parte de la provincia de Santa Catalina, el General Canabarro convino conmigo en armar corsarios y enviarlos por las costas del Brasil para atacar las banderas imperiales. Me puse a la vela con tres buquesitos armados cada uno de una *issa* (cañón) y me dirigí hacia tramontana. Llegados por las alturas de Santos, hallamos una corbeta imperial que nos persiguió inútilmente durante dos días. Al segundo día abordamos en la isla del Abrigo donde nos hicimos dueños de dos *somajas* (nombre que dan los brasileros a una clase de bergantín goleta), seguimos por el Crucero, tomamos otros buques imperiales y volvimos a la Laguna ocho días después de nuestra salida. A la altura de la isla de Santa Catalina hallamos un patacho imperial armado. Yo tenía dos buquesitos, el *Río Pardo* y el *Seival*: la *Casapaba* se había perdido algunas noches antes. Tuvimos con aquel patacho un combate de corta duración y de poco daño, por hallarse muy crecida la mar. El resultado fué la pérdida de algunas de las presas cuyos comandantes, asustados por la superioridad del enemigo, o arriaron bandera o se dirigieron a las costas vecinas. Sólo una presa pudo salvarse y arribó a Imbituba, punto de la costa catinense en nuestro poder; mandábalo el valeroso vizcaíno Ignacio Bilbao. El *Seival*, al mando del valiente Lorenzo Italiano, había tenido que arribar al mismo puerto por algunas averías. Anita no tuvo ocasión de distinguirse en aquel combate. Entramos también en Imbituba con viento nordeste; por la noche varió al sud, con cuyo viento era imposible entrar en la Laguna.

Yo estaba seguro de que quedándonos en Imbituba, nos veríamos atacados al día siguiente por los buques imperiales que se hallaban en la vecina isla de Santa Catalina; en vista de esto desembarcamos en un promontorio que cerraba la bahía de la parte oriental el cañón del *Seival* y se construyó allí una batería gabonada.

Al amanecer se avistaron tres buques imperiales que se dirigían hacia nosotros. El *Río Pardo*, la goleta á mi mando, fué guarnecida en el fondo de la bahía y se trabó la pelea entre los imperiales, que tenían varias piezas de artillería y nosotros que no teníamos sino dos. Los primeros se

hallaban á la vela; nosotros anclados. La lucha era enteramente desigual; pero estábamos resueltos á no ceder.

Fué en este combate donde la heroína brasilera lució por primera vez su alma valerosa é imperturbable. Rogada por mí bajara á la costa donde podía quedarse sin peligro y presentarlo todo, se rehusó á ello con desdén; antes bien cogió un sable y parada sobre la popa, alentaba á los combatientes.

Si bien los hechos no fueron extraordinarios, el combate empero fué muy reñido, el viento que soplabla blandamente desde la bahía, permitía á los enemigos maniobrar con toda comodidad y disparar contra nosotros.

Así que se acercaron, se echó mano de los fusiles y la pelea se hizo más encarnizada. La cubierta del *Río Pardo* estaba llena de cadáveres y de heridos.

Anita, firme en su puesto y con una serenidad admirable nos animaba con la voz, con los gestos y esgrimiendo el acero. Una bala de cañón la arrojó confundida entre tres combatientes muertos por la misma. Yo me lancé para sostenerla y me quedé pasmado viéndola levantarse ileso con el impetu y el desprecio al peligro que le era natural.—No tenía sino leves contusiones.—¿No ves, gritóme, á esos cobardes que se esconden bajo la cámara?—Luego se bajó é hizo levantar á sablazos algunos miserables sobrecogidos de pánico repentino.

La muerte del comandante de la goleta imperial *Bella Americana* y los daños recibidos por el enemigo, nos libraron de él hacia la tarde. El cañón, colocado sobre el promontorio y dirigido por el bravo Manuel Rodríguez, catalán, había hecho su deber. Era necesario ganar la Laguna durante la noche, pues de lo contrario al día siguiente nos hubiera caído encima toda la resistencia hubiera sido inútil. Vencidos los obstáculos presentados por los muchos muertos y heridos, logramos embarcar el cañón. Tuvimos en seguida que componer lo mejor posible el *Río Pardo*, que no tenía un solo cable entero y cuyos costados parecían una criba. Embarcado el cañón, zarpamos y llegamos á la Laguna, perseguidos por los enemigos.

La fortuna de la República de Río Grande había llegado por qué?—Antes á su apogeo. La gloriosa victoria del Río Pardo, la invasión de Santa Catalina y otras ventajas logradas durante la campaña volvieron poderosos á los Republicanos. Los imperiales reducidos á las plazas de Porto Alegre y Río Grande, no eran capaces de atacarlos, pues aquellos tenían entonces siete mil hombres de tropa escelente.—Pero desde aquel momento la suerte de la República tenía que disminuir hasta quedar anonadada. Los generales, lejos de aprovecharse

de las ventajas alcanzadas, se entregaron á las disensiones individuales. El gobierno, débil por sí mismo y por la poca consideración con que lo trataban los generales, era impotente y llevaba en su seno la traición, hija de la codicia y del rencor. Las rivalidades habían hecho emprender la expedición de Santa Catalina con medios insuficientes, particularmente en tropa de línea, y la poca consideración que los de Río Grande, altivos y belicosos, tenían para con los de Santa Catalina, débiles y pacíficos, hacía que éstos se considerasen más como conquistados que como hermanos. El rencor y las disidencias originadas por esto, crecía al acercarse una división enemiga, mandada por Andrea, el vencedor del Pará,—provincia setentrional del Imperio, insurreccionada y sometida.

Hacia la época de nuestra llegada á la Laguna, los nuestros habían abandonado las posiciones principales de la provincia para reconcentrar sus fuerzas en aquel cuartel general. Al poco tiempo nos vimos obligados á abandonar precipitadamente la orilla setentrional del Lago y pasar á la opuesta siendo perseguidos por los enemigos por mar y por tierra:—las poblaciones que pocos meses antes nos habían aclamado libertadores, nos apellidaron tiranos y se prepararon para molestarnos en la retirada, lo que la hacía algo difícil.

Se estaba preparando para la pequeña escuadra republicana un combate memorable por la diferencia de las fuerzas y lo reducido del paraje. Después de haber trabajado no poco para pasar caballos é infantes á la orilla meridional, subí yo al promontorio (Morro da Barra) para observar desde allí los movimientos de la escuadra enemiga, fuerte de veinte y dos buques, armados en guerra.

Viendo que se disponían á forzar la entrada de la Barra, lo avisé inmediatamente al general Canabarro, quien envió la infantería para guarnecer los puntos de defensa de la entrada; pero desgraciadamente esa tropa llegó demasiado tarde. Por esto el enemigo recibió mucho menos daño tanto de parte de la infantería, como de la de una batería puesta en la entrada al pie del Morro y la que fué servida muy mal. La comportamiento de Anita en este combate fué verdaderamente estupenda é increíble.—La escuadra enemiga empujada por el viento del noreste y por la marea, procedía con toda velocidad, por lo que apenas tuve tiempo para bajar la pendiente del Morro y saltar en el bote que me esperaba, pues ya se cruzaban los primeros cañonazos. Los nuestros de á bordo eran muy pocos por causa de haber sido empleada la gente en el paso de la tropa; esos pocos, viendo el peligro inminente, se amedrentaron y amenazaban abandonar los buques; pero la vista de la Amazona, parecida en

aquel día á las diosas de las batallas, los detuvo.

Anita sacó y distribuyó ella misma las armas de abordaje. Se arroja al cañón, le prende fuego y luego ordena vuelvan á cargarle.

Yo llegué á bordo en aquel punto; con tres buquesitos armados mal y equipados peor era muy difícil resistir contra los buques enemigos bien armados, fortalecidos con un número de tropas siete veces mayor que el nuestro y favorecidos además por los elementos. Nuestra artillería se halló muy pronto desmontada y casi toda la tripulación fuera de combate. Los oficiales de los tres buquesitos murieron; Anita hizo milagros! Viendo inutilizado el cañón, agarró un fusil y no dejó de hacer fuego hasta el último momento, sin querer desembarcar, ni aprovecharse de los abrigos y desdeñando bajarse para evitar el fuego terrible del enemigo.—Enviada por el general la orden de quemar los buques y retirarse, ella no lo quiso abandonar hasta que se sacaron todas las municiones. Observe que por lo angosto de la embocadura, por donde debían pasar los enemigos, sus descargas tenían lugar á una distancia nunca mayor de cincuenta pasos, por lo que era un milagro verdadero el escapar de aquella lluvia de proyectiles.

Quemados los buques de nuestra pequeña escuadra, los restos de su tripulación se reunieron con la división y se continuó con ella la retirada hasta *Las Torres*, término de las dos provincias.

(Continuará).

RIVERA "— 15 DE MAYO DE 1914

1. NUESTROS PARTIDOS TRADICIONALES Y EL GENERAL MELCHOR PACHECO Y OBES.—*A propósito de las Notas de este sobre el General Rivera.*

2. Cuestiones militares.—LOS CAPITANES DE COMPAÑIA Y LAS FUNCIONES DEL CAPITÁN AYUDANTE.—*Por el Capitán don Oscar Olave.*—(Véase el número anterior).

3. CLUB COLORADO «RIVERA».—*Asamblea General.*—*Autoridades Ejecutivas.*—*Toma de posesion de cargos y reunion.*

4. ANITA GARIBALDI.

5. NOTAS SOBRE LOS PARTIDOS EN EL ESTADO ORIENTAL Y SOBRE EL GENERAL RIVERA.—*Por el General Don Melchor Pacheco y Obes.*—(Véase el número anterior).

6. BIOGRAFÍA DE ANITA GARIBALDI, ESCRITA POR SU ESPOSO EL GENERAL GARIBALDI Y TRADUCIDA DEL ORIGINAL ITALIANO.—*Por L. D. Desteffanis.*

INDICADOR PROFESIONAL

Ambrosio L. Ramasso, abogado ;
 dio, Cerrito 592.
 Juan M. Lago, abogado ; estudio,
 Sarandí número 200.
 Carlos Martínez Vigil, abogado ;
 estudio, Treinta y Tres número 187.
 José R. Habiaga, abogado ; estu-
 dio, Cerrito 592.
 Lorenzo Barbagelata, abogado ; es-
 tudio, Buenos Aires número 385.
 Carlos Travieso, abogado ; calle de
 8 de Octubre 102.
 Alfredo Giribaldi, escribano ; Río
 Negro número 220.

RIVERA

REVISTA PERIÓDICA

Suscripción pagadera adelantada

En la capital, por seis me-
 ses \$ 1.20
 En campaña y extranjero,
 por seis meses » 1.50
 Por avisos: convencional.
 Hay disponibles, colecciones
 completas de la Revista.

Dirección y Administración
 calle Lavalleja 1843

**Consignación de
 Buques y Mercancías**

DESPACHOS DE ADUANA

Domenech hermanos

CALLE DE LOS CARROS

MALAGA (España)

LA ORIENTAL

Hipólito M. Barbagelata y Cía.

FABRICA DE TEJIDOS

de PUNTO, de LANA y ALGODON

VENTAS POR MAYOR

Calle Arenal Grande números 27 y 27a

La casa que vende más barato

y que ofrece más variado y selecto surtido

es el **BAZAR PITTAMEGLIO**

VISITEN SU EXPOSICION Y SE CONVENCERAN

Avenida 18 de Julio 500, esquina Médanos

MONTEVIDEO

LIBRERIA VÁZQUEZ CORES

Avenida 18 de Julio N.os 36 y 38

Completísimo surtido de Librería y Papelería

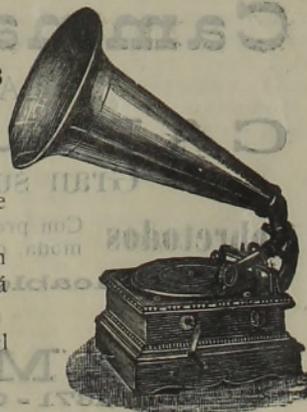
IMPRESA Y ENCUADERNACION

Tarjetas de fantasía y participaciones de
 enlace, programas, carnets, etc., etc.

GRAMÓFONOS.—Desde 10 pesos, con
 voces muy fuertes y claras. Se someten á
 prueba.

DISCOS—De los mejores artistas del
 mundo.

S componen gramófonos



**LUSTRE FRANCÉS
 DE
 BROWN**

PARA

Botines y Zapatos de
 Señoras y Niños.

Se le Adjudicaron los Mas Altos
 Honores en las Exhibiciones de

Filadelfia en 1876 | Melbourne, en 1883
 Berlín, " 1877 | Frankfurt, " 1881
 París, " 1878 | Amsterdam, " 1882

y donde quiera que se ha exhibido.
 En cada botella lleva la Medalla de París.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES.

Este champú se limpia y se aplica á los zapatos u otros artículos de
 cuero por medio de una esponja, según á la tapa de esta botella se
 muestra; de modo que cualquiera pueda usar el champú sin mancharse
 las manos. No se necesita cepillo para aplicar. Se usa frecuen-
 temente después que se ha untado, y no mancha la tela mas deli-
 cada del vestido.

Se vende en Sud América por conducto de Comerciantes y Vende-
 dores.
B. F. BROWN & CO.,
 Boston, E. U. de A. y Liverpool.



Casa Mérola y Cía.

DEL RIO DE LA PLATA
DIPLOMADO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE SASTRES DE PARIS

Señores militares y particulares; hombres, señoras y niños. -- Pidan á sus proveedores: carnicería, almacén, tienda, zapatería, farmacia y bazares, 1 ESTAMPILLA VERDE que deben regalarle, una por cada diez centésimos de gasto.

Esta casa le recibe dicha ESTAMPILLA como dinero en pago de sus compras á razón de treinta y cinco centésimos el ciento de dichas ESTAMPILLAS.

CASA DE COMPRAS EN PARIS
AVENIDA 18 DE JULIO 230 Y 234--MONTEVIDEO

No Más Calenturas!

Las PERLAS de SULFATO de QUININA, BROMHIDRATO de QUININA, CLORHIDRATO, VALERIANATO de QUININA, etc., del **D^o CLERTAN**, de sal de quinina *quintamente pura*, de fabricación francesa y están preparadas por un procedimiento aprobado por la Academia de Medicina de París. -- Bajo una envoltura gelatinosa, delgada, transparente y muy fácil de digerir, la Quinina se conserva indefinidamente sin alteración y se traga sin que deje ningun amargor. Cada frasco contiene treinta perlas, ó sea tres gramos de Sal de Quinina. En Adelante cada perla de quinina del **D^o Clertan** llevará impresas las palabras: *Clertan Paris*.

FABRICACION Y VENTA POR MAYOR:
CASA L. FRERE, A. CHAMPIGNY Y C^o, S^om^o
19, rue Jacob, Paris

Nota. Es absolutamente indispensable exigir la marca: *Clertan D^oma*

Se vende al por menor en la mayor parte de las Farmacias.

JARABE para EMPACHO
JARABE para INDIGESTIONES



Aprobado por el Consejo de Higiene
Farmacia del Globo--Montevideo

Recordmans Americanos

NEWBERY - Altura 6250 metros

FELS - Travesía sobre agua, 2 horas 40 minutos

Cammarano - Sobretodos a \$ 5.00

LA GRAN MODA DE ESTE INVIERNO

CAPAS-CAPAS-CAPAS

Gran surtido - Militares - Estudiantes - Españolas

Sobretodos Con presillas y bolsillos de plaqué, envivados a la inglesa, de colores de moda, corte elegante, ULTIMA NOVEDAD. El chic del chic. \$ 5.00

Impermeables-Ponchos-Capas y capotes-Impermeables

Casa de reconocida competencia en ropa de medida

CAMMARANO Y C^{IA}

1871 - Ciudadela - 1871 Frente a la calle de Colonia y Monte Piedad